

puerto pueros p. 93

AGUSTÍN ZAPATA GOLLÁN

LAS PUERTAS DE LA TIERRA



31
44
07

EDICIONES COLMEGNA
SANTA FE - ARGENTINA

AGUSTÍN ZAPATA GOLLÁN

Julio del Barco
14-5-76

LAS PUERTAS DE LA TIERRA

JORNADAS DEL LITORAL

EDICIÓN HOMENAJE AL IV CENTENARIO
DE LA FUNDACIÓN DE SANTA FE

LIBRERÍA Y EDITORIAL COLMEGNA S.A.
SANTA FE — ARGENTINA

*Queda hecho el depósito que previene la ley
Reservados todos los derechos*

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

AGUSTIN LAPATA GOLLAN

11-252
BIBLIOTECA DEL SENADO

LAS PUERTAS
DE LA TIERRA

PRIMERA EDICION: 1938

JORNADAS DEL LITORAL

IMPRESION MONUMENTAL AL IV CRISTIANO
DE LA FUNDACION DE SANTA FE

IMPRESORA Y EDITORIAL GOLLANA S.A.
SANTA FE - ARGENTINA

LOS COMENZOS DE LA CONQUISTA

"...desde que vieren los libros que el hizo, por las menguas que en ellos fallaren, non pongan la culpa a la su entencion, mas pónganla a la mengua del su entendimiento"

"esto es señal cierto que lo hizo para los legos et de non muy grand saber como lo él es".

"El Conde Lucanor". - DON JUAN MANUEL

"Yo no soy cantor letrao".

"Martín Fierro". - JOSÉ HERNÁNDEZ

EL CANTO DE LOS GRINGOS

El desierto

¿Cómo era el desierto, el desierto nuestro, el que obsesionó a los hombres del 53?

Tenemos, acaso, una idea de lo que en aquellos tiempos era "el campo". Una idea convencional y decorativa, con sus domas de potros, sus fogones, sus guitarras, sus vidalitas y sus payadores; sus gauchos de chiripá y calzoncillos con cribos; de facones de empuñadura de plata y tiradores constelados de bolivianos. Un campo de cinematógrafo y de turistas.

Pero el desierto... ¿Cómo era el desierto? Sólo encontramos ahora sus restos en las páginas de Alberdi y de Sarmiento, como en vitrinas de museos.

Sin embargo, no fue una creación de la literatura sino una realidad trágica que reclamaba del hombre, más que una lucha con la naturaleza, un esfuerzo tenaz para vencer el espacio; que aquel no era el desierto de la geología, sino el de la gramática. No era esterilidad sino abandono.

Para el criollo del litoral, el desierto se agazapaba entre las sombras del poniente como un tigre cebado.

En la lejanía del horizonte, el malón se envolvía en el rebozo siniestro de la polvareda, y en el pastizal, húmedo de rocío, las montoneras deshojaban amapolas de sangre.

El fraile Castañeda llega un día hasta Santa Fe. Se traía las campanas de unas capillas abandonadas en Sunchales y Grondona y los restos de la imprenta volante que perteneció al General Carreras. Descalzo, como el franciscano, le acompañaba un suizo que había hecho la guerra con el grado de sargento mayor de ingenieros en las tropas de Napoleón. Había visto de cerca, la gloria militar más grande del mundo; había vivido en las grandes ciudades; había paseado la pompa de su uniforme condecorado por las miradas de mujeres hermosas y elegantes y acababa ahora sus días siguiendo en sus andanzas, por un país medio bárbaro, la figura de un fraile desconcertante y trágico, soñador y rebelde.

A diez kilómetros de Santa Fe, en el Rincón de Antón Martín, que hoy dicen San José del Rincón, Castañeda y el suizo, levantan una capilla y a su lado dos ranchos de barro y paja. Poco tiempo después, en esos ranchos, el fraile Castañeda, enseña las primeras letras a los tapes que se acercan atraídos por el repique de las campanas; instala su imprenta, donde el soldado de Napoleón compone y estampa los terribles panfletos del franciscano, y abre luego una escuela de gramática latina, ¡en pleno desierto!, para iniciar, a un puñado de jóvenes que llegan desde Santa Fe y Buenos Aires y el Entreríos, en la lectura de los clásicos.

Así, en la paz fragante de los naranjos florecidos, de esos mismos naranjos que hoy vemos junto a la iglesia, el fraile Castañeda desafiaba al desierto, hostil y salvaje, recitando en latín los versos de Virgilio.

Mientras los gauchos de Urquiza que marchaban contra Rosas descansaban junto al fogón, Sarmiento, en su tienda de campaña leía en francés tratados de estrategia militar entre la

soldadesca harapienta y paseaba insolente su afectada indumentaria de oficial europeo con la jeta agresiva y hosca levantada hacia el desierto.

“Yo era, escribe Sarmiento, el único oficial del ejército argentino que en la campaña ostentaba una severidad de equipo, estrictamente europeo. Silla, espuela, espada bruñida, levita abotonada, guantes, quepí francés, paletó, en lugar de poncho, *todo era una protesta contra el espíritu gauchesco*”.

La conquista militar del desierto, tiene un sabor de leyenda épica. La angustia de los pueblos azotados por los malones, la tragedia de las cautivas, la lucha cuerpo a cuerpo entre el vaho hediondo del indio y del potro sudoroso y jadeante.

Sin embargo el descendiente de los conquistadores, el criollo, que conquistaba el desierto, sin saber para quien, perseguido por “el gobierno”, a quien servía, ahogaba en los fortines el dolor que más tarde recogió en sus coplas Martín Fierro.

El 53

Hasta que por fin, después de Caseros, fueron llegando a Santa Fe unos señores graves, solemnes, ceñidos en el atildamiento del frac negro, con sus melenas románticas y sus caras encerradas entre los signos de admiración de las patillas rizadas.

Venían en carretas o a caballo desde Mendoza, desde Salta, desde Tucumán, desde Santiago del Estero; otros en barcos a vela desde el Entreríos o desde Corrientes.

Los vecinos de Santa Fe les vieron discurrir, con el andar tácito, sobre el colchón de arena de las calles desoladas y les abrieron de par en par las puertas de sus casas.

Algunos, en sus ratos de ocios, buscaban el trato de damas y escribían versos para recitarlos en los estrados femeninos;

otros exquisitos y pulcros, amenizaban las tertulias con sus alardes musicales, mientras en los corrillos masculinos, uno de estos forasteros, con ademán majestuoso y solemne a la usanza de los campanudos partidarios de Rivadavia, se jactaba de su descreimiento enciclopedista y volteriano.

La figura de estos hombres se hizo familiar en Santa Fe. Del Carril, en su retraimiento altivo, contenía sus pasiones y la violencia de su genio; Facundo Zuviría, sentimental y candoroso, deslumbraba con la retórica ampulosa de sus discursos; Gorostiaga, huraño, buscaba la soledad para ensimismarse en sus fantasías; y Llerena, inquieto y andariego, abandonaba sus libros de Historia Natural y Astronomía, para asomarse en la hondura de la noche y seguir con sus ojos, el trepar cauteloso de las estrellas, mientras iban tejiendo con sus patas de araña, una tela de ensueño sobre la ciudad dormida.

Algunas veces, con el andar apagado y mudo, cruzaban la Plaza y se dirigían hacia el Cabildo. Los gallos de riña, cantaban bajo los naranjos atados de la pata con un tiento sobado, y junto a las tapias ruinosas, la vergüenza encendía el tejido en las casas de adobe.

En los Salones del Cabildo se citaban "los Derechos del Hombre" y "Federalista" y en sus períodos sonoros y rotundos los oradores, con ademanes ampulosos, llamaban "lid" a la guerra, "trompas guerreras" a los clarines y "los pueblos" al inmenso territorio despoblado de las provincias.

Ahincadamente querían constituir el país y darle las mejores leyes del mundo, aunque el acibar de la realidad amargaba sus corazones.

Para llegar hasta Santa Fe cruzaron todo el desierto, oprimidos en el frac europeo y con las alas de sus corbatones abiertos bajo el mentón rasurado; pero desde Chile, Alberdi les advertía que "no es dado a un sastre distribuir con su tijera la civilización".

"Traed la Europa, clamaba en sus cartas quillotanas, por el libre comercio, por los ríos, por los ferrocarriles, por las inmigraciones y no por vestir de *paletot* al que sólo es digno de poncho".

Los diputados constituyentes seguían sus deliberaciones. En la ciudad los gallos daban la nota larga, ondulosa, enronquecida y quejumbrosa de su canto que se levantaba como un salmo desde la umbría de las huertas y en los solares abandonados las higueras retorcián sus brazos mutilados de leprosas. Caserones sombríos con el espinazo de sus cumbreras agobiados de años; puertas entreabiertas desde donde atisbaban, en un hedor de pobreza, unos profundos y tristes ojos femeninos; mujeres embozadas en sus mantos camino a las novenas, después de haber pasado el día mirando desde una ventana la tapia frontera donde en las horas de la siesta rezongaba el *mamangá* entre el perfume de las diamelas y los jazmines; hombres erizados de barbas cruzando las calles con un gallo bajo el brazo; muchachos encogidos y medrosos; vacas criollas, cabezonas, huesudas, abrumadas bajo sus grandes aspas retorcidas; y caballos con aperos de campo, aburriéndose, soñolientos, a la puerta de las pulperías.

Hasta que los Constituyentes dieron fin y remate a su obra, y declararon que la habían hecho, también, "para todos los hombres del mundo que quisieran habitar en el suelo argentino".

Después de esa sesión, algún diputado al salir del Cabildo, se dirigirá, tal vez, hacia la barranca. Daría la vuelta por la tapia de San Francisco y se pararía al borde del río. Entre las cicutas y las ortigas se oiría el canto de los grillos y en las islas, las ranas, como un coro de monjas plañideras y gangosas, salmodiarían un oficio interminable. A sus espaldas, la ciudad llena de sombras y de silencio se adormecía en la languidez y el cansancio de no hacer nunca nada; pero ante sus

ojos, envueltos en el vaho que se levantaba lentamente del río, la imaginación alucinada de aquel hombre, daría en las más prodigiosas fantasías de barcos empavesados con banderas de todas las naciones del mundo y de masas de hombres recios que hablaban lenguas extrañas y que luego se desmigajaban sobre la mesa tendida del desierto.

Los gringos

Treinta días después que los hombres reunidos en el Cabildo de Santa Fe abrieron los puertos y los ríos y los caminos de "los pueblos" para todos los hombres del mundo, Aarón Castellanos firmó un contrato con el gobierno santafesino comprometiéndose a traer mil familias de trabajadores europeos, a las que la provincia proveería de tierras, alimentos y útiles de labranza.

Castellanos se fue a Europa a buscar sus colonos. Pasó de una ciudad a otra agitando, en vano, el señuelo de la riqueza inexplorada de América, porque la barbarie de estas tierras apartadas del tráfico, derribaba ilusiones y quebraba voluntades; y cuando a pesar de su dialéctica, le apremiaban recordándole el furor sanguinario de las tribus indígenas, Castellanos, les llevaba hasta su casa, les presentaba su familia, una familia culta y distinguida, y les decía con desconcertante aplomo:

—¡Así son los indios de la pampa!

Pero en Santa Fe, donde nunca se tuvo confianza en los proyectos de Castellanos, se ignoraban esas andanzas y se tenía por fracasada la empresa colonizadora. Los santafesinos seguían su misma vida de siempre. Al caer la tarde, en los días de verano, la familia se reunía en el patio bajo el follaje de los

árboles, donde unas arañas grandes y negras, se apeñuscaban después de tejer su tela, mientras el mate saltaba entre los nidos de las manos ociosas. El aire estaba perfumado de magnolias y diamelas; sobre las tapias cubiertas de musgo, se extendía la vía láctea de los jazmines; los zaguanes, anchos y oscuros, como una boca desdentada, bostezaban un vaho pegajoso y húmedo; y en las copas rotundas de los naranjos, cantaban los zorzales.

A veces, llegaba un fraile de Santo Domingo o de San Francisco con los hábitos olorosos a rapé y a cera. La abuela, obsequiosa, entraba a un aposento sombrío, donde el agua de un filtro de piedra caía obsesionante y monótono en un tinajón de barro; abría la portezuela de una alacena cavada en el muro de adobe, saturada de frutas maduras, de dulces y duraznos en caña, y regresaba luego a la tertulia a cumplimentar al eclesiástico.

En estas reuniones, se recordaban de tarde en tarde, los vanos proyectos de Castellanos. El dueño de casa, si era algo versado en las cosas del gobierno, opinaba, doctoral, que no podía pensarse en colonizaciones hasta que la provincia no tuviera caminos y puentes; y la abuela, bajo la mirada paternal del reverendo, afirmaba que era obra del demonio traer gringos a estas tierras, que sólo vendrían a perder el alma de sus hijos.

Las campanas desnudas y frías, en lo alto de las torres se estremecían en un clamor ascético, mientras el lucero vespertino acompañaba la agonía de la tarde, martirizada y sangrante, encendiendo la llama de su cirio litúrgico.

Pero unos años después de firmado el contrato de Castellanos, llegaron los primeros gringos a Santa Fe, una tarde de los últimos días de Enero de 1856.

En el "Asunción", primer barco grande con máquina a balancín que llegó a nuestro puerto, venían doscientas familias de colonos.

La noticia, dio un galope por la ciudad, y los vecinos, curiosos y un poco hostiles, se arremolinaron en el puerto para verlos de cerca. Pero el gobierno los había olvidado y como no tenían alojamiento se vieron obligados a permanecer anclados en el riacho.

Los gringos hormigueaban a bordo, un poco azorados con sus ojos azules y sus testas de miel. El pueblo estaba allí, echadito junto al agua, como el buey criollo, descolorido, de las carretas, rumiando soledades y tristezas.

Llevaban varios días en el Río de la Plata. Sobre sus cabezas, la noche chisporroteaba constelaciones que no habían visto jamás y el sol de las mañanas despertaba en el refugio del paisaje, el enjambre azul, amarillo y rojo de unas flores extrañas. Pero los indios... ¿dónde estaban los indios?

Y en medio de la noche, como un desafío, los gringos reunidos a bordo cantaron en coro las canciones de la tierra lejana, frente a la ciudad que no había cantado nunca.

Muchos años después, los santafesinos —que habían dormido siempre— recordaban que aquella noche no habían podido atrapar el sueño porque sobre el campanario de las iglesias donde revoloteaban los murciélagos y vozneaban las lechuzas, había pasado, libre y cándido, el canto de los gringos en un vuelo augural hacia el desierto.

El gobierno les concentró en la Estanzuela, unos kilómetros al norte de Santa Fe, sobre la laguna de Guadalupe.

Los vecinos llegaban a verles. Iban en sus mejores caballos para cambiarles por relojes. En este extraño trueque, el

caballo donde paseaban su ociosidad, pasaba a las manos del colono que le ataría al arado en cambio de una máquina que no contaría jamás las horas interminables y vacías de los criollos.

El gobernador de la provincia, tomó con empeño la fundación de la primera colonia, que llamaron "Esperanza", y los colonos se internaron en el desierto, cantando en coro los cantos de la tierra lejana, que interrumpieron el sueño de los santafesinos, en una cálida noche de Enero de 1856.

Vivieron a la intemperie; durmieron en el suelo; sufrieron la asechanza y el ataque del indio; pero incansables y tenaces, con el arma a la espalda, siguieron trazando en la pampa el pentagrama de los surcos.

Se iban cumpliendo los sueños de Rivadavia, de Sarmiento y de aquellos hombres que habían llegado hasta el Cabildo de Santa Fe cruzando el desierto, con sus melenas románticas y sus grandes corbatones negros. El almácigo de las colonias se sembraba de gringos para hacer el trasplante, luego, de las nuevas ciudades.

Las pesadas tropas de carretas cargadas de cueros o de yerba, se espaciaban para dar lugar a los carros de los colonos y sobre la tierra olorosa y húmeda, levantaban las primeras parvas sus jorobas doradas, como una caravana de camellos en descanso.

Así se realizaba la segunda conquista de América, la que hicieron los gringos que llegaron a Santa Fe, entre las miradas burlonas y las sonrisas cachadoras de los criollos, con sus zapatones pesados, con sus chalecos de colores, con su andar torpe de montañeses, y sus cantos con sabor de mosto, que parecían llenos de luz como una mañana de sol, o envueltos, a veces, en una tenue bruma de melancolía.

El desierto ha quedado ahora, sepultado para siempre bajo el terremoto de los arados.

Ya no llegan al puerto los barcos cargados de colonos como llegó el "Asunción", en aquella tarde calurosa del mes de Enero de 1856. "Esperanza", es una gran ciudad, madre de pueblos y en Santa Fe, murieron las abuelas que guardaban el dulce en las alacenas, que convidaban con "rosquillas" de mandioca los domingos y que en el verano brindaban un jarro de plata con la espuma de un "panal" de azúcar, en el agua del tinajón de barro.

Sin embargo, por las chacras y las quintas, se oye todavía, al caer la tarde, el canto de los gringos, de los gringos que llegaron hace veinte, treinta, cincuenta años, reunidos, después del trabajo, frente a un vaso de vino bajo la luz amarillenta del boliche.

Por los caminos, pesados y estridentes, pasan los camiones con la carga rubia de las cosechas, y a lo lejos, envejecido y jadeante, se arrastra el tren entre silbatos de angustias.

Algunas veces, los gringos recuerdan las penurias pasadas, sentados a la mesa, una mesa larga, sin mantel, donde hay un pan redondo y caliente que la madre rebana contra el pecho ubérrimo, mientras los hijos escuchan frente al plato humeante de sopa. Otras veces, después del partido de bochas del domingo, el recuerdo de la tierra lejana les cobija en su nido y cantan los cantos que oyeron cantar a los abuelos en las montañas de la patria. Pero un día, se pone de pie un gringo viejo, tiene en su mano dura de callos, un vaso de vino, —*un bicchier di vin*—, y con sus ojos azules adormecidos por los años bajo el alero de sus cejas escarchadas, canta el canto de los gringos de América:

La partida de Europa, el viaje interminable a través del

mar, la llegada a América, el desierto... y luego el nacer de las ciudades por el esfuerzo de los inmigrantes.

*Dall'Italia siamo partiti
Siam partiti col nostro onore
In trenta giorni di macchina a vapore
In quest'America siam arrivati
Non abbiám trovato ne paglia, ne fieno
Abbiám dormito sul duro terreno
Come le bestie siam riposati
E con l'industria di noi italiani
Abbiám formati paesi e città.*

Los compañeros se quedan un momento en silencio. Tal vez un colono medio poeta, compuso esos versos hace muchos años, al ver brotar las ciudades sobre la inmensidad de los campos, cuando los gringos, como los criollos que marchaban a los fortines, acababan la conquista del desierto sin saber para quien.

El sueño de Garay se había cumplido. Estaban abiertas de par en par las puertas de la tierra.

OVIEDO GONZALO FERNANDEZ DE. *Historia General y Natural de las Indias*. 4 tomos. Madrid, 1851.

PÉREZ RAFAEL P. *La Compañía de Jesús Restaurada en la República Argentina y Chile, el Uruguay y Brasil*. Barcelona, 1901.

PEYRET ALEJO. *Una visita a las Colonias de la República Argentina*. 2 tomos. Edic. 1889, Buenos Aires.

Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Revista de la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe. Santa Fe, 1936.

SCHWARTZ FEDERICO. 1492. *Historia de un año cèlebre*. Barcelona, 1892.

SCHMIDL ULRICH. *Viaje al Río de la Plata*. Edic. 1903, Buenos Aires.

VALERA MOSEM DIEGO DE. *Crónica de los Reyes Católicos*. Madrid, 1927.

ZAPATA FLORIANO. *La Ciudad de Santa Fe. Sinopsis para la obra del Censo Nacional*. Edic. 1899, Santa Fe.

ZEBALLOS ESTANISLAO S. *Descripción Amena de la República Argentina*. 3 tomos. Edic. 1883, Buenos Aires.

ZUVIRIA J. M. *Los Constituyentes de 1853*. Buenos Aires, 1889.

ÍNDICE

	PAG.
EPÍGRAFE	7
LOS HOMBRES DE LA CONQUISTA	
LAS GRADAS DE SEVILLA	9
EL MUNDO FABULOSO	12
LAS FLOTAS DE INDIAS	15
EL FRACASO DE BUENOS AIRES	
EL RÍO DE LA PLATA	23
LAS MUJERES DE LA CONQUISTA	24
LOS HOMBRES DE MENDOZA	27
LA DESPOBLACIÓN DE BUENOS AIRES	29
EL AISLAMIENTO DE ASUNCIÓN	
EL REFUGIO DE ASUNCIÓN	33
LOS SOBREVIVIENTES	35
LOS OFICIOS	38
LOS CRIOLLOS	42
LAS PUERTAS DE LA TIERRA	
LOS CRIOLLOS DE GARAY	47
SANTA FE	48
LA VUELTA DE BUENOS AIRES	52
LOS CAMINOS DEL HAMBRE	
LOS PUEBLOS DEL RÍO DE LA PLATA	55
BUENOS AIRES	56

	PAG.
ASUNCIÓN	60
SANTA FE	62
 SANTA FE: CRUCE DE CAMINOS	
LA VERA CRUZ	63
CABRERA Y GARAY	65
LOS SIETE JEFES	66
DESOLACIÓN	67
 UNA VISIÓN DEL RÍO DE LA PLATA	
LAS ILUSTRACIONES	71
LOS JESUÍTAS	72
LAS ESTAMPAS DEL P. PAUCKE	74
 EL AISLAMIENTO DE SANTA FE	
LOS DESCENDIENTES DE LOS CONQUISTADORES	79
EL FEDERALISMO DEL LITORAL	82
 LA TRAGEDIA DEL PUERTO	
EL RÍO	87
LAS CARRETAS	88
EL PUERTO PRECISO	91
 EL CANTO DE LOS GRINGOS	
EL DESIERTO	97
EL 53	99
LOS GRINGOS	102
 FUENTES	 109

Se terminó de imprimir el día 8 de Mayo de mil novecientos setenta y tres en los talleres gráficos de la Librería y Editorial Colmegna S.A. San Martín 2546 — Santa Fe (Argentina)

